



## Arzobispado de Bahía Blanca

A+M

**Al querido Pueblo fiel de la Arquidiócesis de Bahía Blanca**

**«EL SEÑOR ES MI PASTOR ¿QUÉ ME PUEDE FALTAR?»**  
*Una meditación pascual tras las huellas de Tomás apóstol*

Muy queridos hermanos y hermanas:

***¡Que el gozo y la paz de nuestro Buen pastor resucitado los acompañe y estén con cada uno de ustedes!***

El Domingo del Buen Pastor me brinda una nueva oportunidad para escribirles. Transitando la pandemia, también hemos iniciado desde diversas y múltiples “entradas” el camino de la Asamblea Eclesial de América latina y el Caribe. Esto nos invita a volver a leer el Documento de Aparecida y participar juntos en esta bella iniciativa.

No pretendo con estas páginas enviarles una “carta pastoral”. Como lo hiciera para el Tiempo de Navidad con la figura de José, el hijo de Jacob, hermano de sus hermanos, desearía más bien compartir una reflexión espiritual aunque –claro– con algunos acentos pastorales.

En esta ocasión deseo junto a ustedes caminar tras los pasos de Tomás Apóstol. Su figura, con pocas pero profundas “presencias” en el Evangelio, nos deja un campo abierto para meditar en nuestra vocación cristiana y apostólica.

El Señor al llamar a Simón Pedro lo invitó a ser “Pescador de hombres” (cf. Lucas 5, 10). Pienso, en ese sentido, en la última vez que el nombre de Tomás aparece en el Evangelio (Juan 21, 1-13). “*Estaban juntos, a orillas del mar de Tiberíades: Simón Pedro, Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: «Voy a pescar». Ellos respondieron: «Vamos también nosotros». Salieron y subieron a la barca...*”

Todos queremos seguir a Jesús tras las huellas de los apóstoles, pescadores de hombres. Toda vocación cristiana tiene su fuente en la llamada a los Apóstoles.

Encontramos –más allá del encuentro personal con cada uno de ellos– una “llamada colegial” (a los Doce). Los tres relatos sinópticos nos ofrecen un texto –que llamamos “paralelo”– casi idéntico. No obstante, cada uno de las tres versiones aporta alguna palabra clave para que comprendamos más profundamente nuestra propia vocación apostólica.

**Marcos:** “*Después subió a la montaña y llamó a su lado a los que quiso. Ellos fueron hacia él, y Jesús instituyó a Doce, a los que llamó apóstoles, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con el poder de expulsar a los demonios” (3, 13-16).*

La elección es un acto de amor y somos elegidos porque nos amó primero (cf. 1 Juan 4, 19). En ese sentido Jesús mismo, en la Última Cena, dice a los suyos: “*No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes*” (Juan 15, 16). Si el Señor nos ha llamado para que estuviésemos con él, es porque él quiere estar con nosotros. San Pablo insiste en esta elección en la Carta a los Efesios: *Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo (...) nos ha bendecido, elegido y predestinado en Cristo antes de la creación del mundo* (cf. Efesios 1, 3-5). Marcos también destaca otra finalidad: predicar, señalando los caminos de la misión.

**Lucas:** “*Jesús se retiró a una montaña para orar, y **pasó toda la noche en oración** con Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y eligió a doce de ellos, a los que **dio el nombre de Apóstoles***” (6, 12-13). Como Marcos, Lucas habla de la montaña y del nombre dado a ellos, aunque añade el hecho de una noche de oración. No somos elegidos por una cuestión meramente práctica, efectiva, circunstancial. La elección de los apóstoles es fruto de una noche de oración, de la unión entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

**Mateo:** “*Jesús convocó a sus doce discípulos y les dio el poder de expulsar a los espíritus impuros y de curar cualquier enfermedad o dolencia*” (10, 1). De este modo desea especificar –además de la predicación como Marcos– otra perspectiva de la misión: la de sanar y curar...

Desde estas imágenes evangélicas pienso en el “pastoreo apostólico” que nos ha vocacionado a todos, a cada uno y cada una de nosotros en la misión específica nacida en la fuente bautismal, confirmada por la efusión del Espíritu, alimentada por los sacramentos...

Permítanme compartir con todos ustedes un texto del Papa Francisco en la *Evangelii gaudium* (n. 31). Estas palabras están dirigidas a los obispos. No obstante, sin pretender quitarme el sayo de las propias responsabilidades, estas bellas y exigentes indicaciones, pueden aplicarse análogamente a todos desde la dilatada y profunda perspectiva de la más bella vocación: la de ser Hijos de Dios por adopción, la de ser todos hermanos y hermanas en Cristo: ¡*Fratelli tutti!*

*El obispo siempre debe fomentar la comunión misionera en su Iglesia diocesana siguiendo el ideal de las primeras comunidades cristianas, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma (cf. Hechos 4,32). Para eso, a veces estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos. En su misión de fomentar una comunión dinámica, abierta y misionera, tendrá que alentar y procurar la maduración de los mecanismos de participación que propone el Código de Derecho Canónico y otras formas de diálogo pastoral, con el deseo de escuchar a todos y no sólo a algunos que le acaricien los oídos. Pero el objetivo de estos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos.*

Cada una de esas dimensiones refiere respectivamente al oficio de enseñar, santificar y gobernar propios del Obispo, aunque también al ejercicio del sacerdocio ministerial de los presbíteros, al sacerdocio común de los fieles propio de todo bautizado.

Hoy el Señor nos llama a través de diversos y fecundos ámbitos, horizontes y ministerios a un fecundo pastoreo. Pienso en la familia, el trabajo, la educación, la salud, las diversas tareas, servicios, responsabilidades en bien de la comunidad civil, la Iglesia.

**Un deseo sincero en las fuentes de la vocación**  
**«Vayamos también nosotros a morir con él»**  
**(Juan 11, 16)**

Recuerdo, como fraile estudiante de Filosofía a un muy querido profesor de Metafísica, también fraile de la Orden a la que pertenezco, quien repetía una y otra vez –en latín- con estridente voz: **“todo agente actúa según un propio fin”** (*Omne agens agit propter finem*) conforme al principio de finalidad en Santo Tomás de Aquino. Desde una perspectiva análoga, el Doctor Angélico insiste: la causa final es la causa de las causas. En el acto moral hemos de considerar no solamente las circunstancias, sino el objeto y el fin – finalidad de nuestro obrar. Nos preguntamos por el “por qué” de muchas cosas (quizás relacionadas con las motivaciones, lo subjetivo) y lo distinguimos del “para qué” (indica la dirección, la finalidad).

Al terminar un trabajo, una obra literaria o académica, no pocos autores escriben, felices, su llegada a término: **“El fin corona la obra”** (*finis coronat opus*).

En las instancias previas a la Resurrección de Lázaro, hay un diálogo entre Jesús y los suyos. Como sucede en los diversos encuentros personales del Señor con diversos interlocutores, notamos –leyendo a San Juan- cierta incompreensión en quienes escuchan al Maestro. Cuando Jesús les dice abiertamente a los discípulos que Lázaro ha muerto e invita **“Vayamos a verlo”**, Tomás dice a los otros discípulos: **“Vayamos también nosotros a morir con él”** (Juan 11, 15.16).

En este mismo sentido recordamos –en la Última Cena- el breve e intenso coloquio entre Jesús y Pedro: **“Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿a dónde vas?». Jesús le respondió: «Adonde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, pero más adelante me seguirás». Pedro le preguntó: «¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti». Jesús le respondió: «¿Darás tu vida por mí? Te aseguro que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces»** (Juan 13, 36-38).

En el Rito de la Confirmación, el Obispo pregunta: “¿Están dispuestos a vivir y morir alegremente en esta vocación cristiana?”. Quienes serán confirmados responden: “Sí, estoy dispuesto” (*Nota: me refiero a la renovación de las promesas bautismales - tercera fórmula que solemos usar en esta arquidiócesis*).

Es verdad que también hemos aprendido en Filosofía, ¡en la filosofía de la vida especialmente! Que “lo primero en la intención, será lo último en la ejecución” (*Summa Theologiae*, I-II, q. 1). ¡Cuánto más cuando nos comprometemos a vivir y morir alegremente en nuestra vocación!

Lo mismo implícitamente prometemos en el rito de la ordenación diaconal, presbiteral, el rito de toma de posesión de un párroco, en los rituales de consagración de vírgenes, de la profesión religiosa, el ritual del Sacramento del Matrimonio, etc. La respuesta no se deja esperar: “sí”, “hasta la muerte”, “hasta el final de tus días”, “durante toda mi vida”, etc.

Al mismo tiempo, comprendemos que la vida modela nuestro corazón y vocación, nos va podando como el mismo Señor nos lo advierte: **“Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador. El corta todos mis sarmientos que no dan fruto; al que da fruto, lo poda para que dé más todavía”** (Juan 15, 1).

El Señor tiene paciencia con Tomás, como la tiene con cada uno de nosotros. Él modela artesanalmente nuestros corazones, nuestras comunidades. ¡Él es paciente con todos! El tiempo

es signo de esa paciencia de Dios. Leemos en la 2ª Pedro: “*El Señor no tarda en cumplir lo que ha prometido, como algunos se imaginan, sino que tiene paciencia con ustedes porque no quiere que nadie perezca, sino que todos se conviertan*” (3, 9).

No olvido las palabras de Benedicto XVI: “El mundo es redimido por la paciencia de Dios y destruido por la impaciencia del hombre. Sufrimos por la paciencia de Dios” (Homilía de la misa solemne del inicio de su pontificado 24.04.2005).

Volviendo a la *Evangelii gaudium*, en el **CAPÍTULO CUARTO - LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA EVANGELIZACIÓN** – III. **EL BIEN COMÚN Y LA PAZ SOCIAL**, el Papa Francisco nos brinda cuatro principios relacionados con tensiones bipolares propias de toda realidad social. Ellos orientan el desarrollo de la convivencia social y la construcción de un pueblo donde las diferencias se armonicen en un proyecto común. Si celebramos la fiesta del Buen Pastor no lo hacemos para mostrar una *selfie* autorreferencial sino más bien para significar la misión de Jesús y la nuestra, desde esa imagen que a todos nos ilumina de una u otra manera.

### **El tiempo es superior al espacio**

Este principio nos permite trabajar a largo plazo, ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad. Es una invitación a asumir la tensión entre la plenitud y límite, otorgando prioridad al tiempo. Esto nos invita a ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios propios del poder y la autoafirmación. El tiempo rige e ilumina los espacios, involucra las personas, promueve convicciones claras y tenacidad, en definitiva, no nos deja caer en la ansiedad (cf. *Evangelii gaudium* n. 223).

**El seguimiento de Jesús provoca siempre preguntas**  
**«No sabemos adónde vas ¿Cómo vamos a conocer el camino?»**  
(Juan 14, 36)

En el camino del pastoreo, pastores y ovejas miramos a Jesús. No comprendemos adónde va, adónde nos lleva ¡Quisiéramos conocer el camino!

En estos tiempos de aflicción, angustia, ansiedad, abatimiento, incluso de aridez, apatía y asedia espiritual... cuando nos sentimos abrumados y agobiados ¡nos gustaría encontrar métodos, mediaciones, estrategias, planificaciones, etc.! ¡Algo que nos marque ciertos límites, senderos, el rumbo, el hacia dónde, cómo, por dónde sin perder la perspectiva!

El deseo parece centrarnos en las ganas de volver a la normalidad, a contar con reglas claras en muchos órdenes (el aprendizaje de la catequesis; la celebración del culto y la liturgia; la asistencia de la caridad) ¡algo que rompa el encierro y la tentación de una rendición pactada!

Las palabras del Señor en la Última Cena confunden también a los apóstoles. Cada vez que Jesús habló del sufrimiento, el dolor y el fracaso de su pasión y muerte –fueron tres los anuncios según la tradición de los sinópticos- sus discípulos se encerraron en salidas inmediatas y de corto aliento, lo más práctico, conveniente e inmediato:

Tras el primer anuncio de su pasión es Pedro quien lo reprende: «*Dios no lo permita, Señor, eso no sucederá*» (Mateo 16, 22).

Después del segundo anuncio: “Llegaron a Cafarnaúm y, una vez que estuvieron en la casa, (el Señor) les preguntó: «¿De qué hablaban en el camino?». Ellos callaban, porque habían estado discutiendo sobre **quién era el más grande**” (Marcos 9, 33-34).

A continuación del tercer anuncio, son los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, quienes se acercaron a Jesús y le dijeron: «Maestro, queremos que nos concedas lo que te vamos a pedir». Él les respondió: «¿Qué quieren que haga por ustedes?». Ellos le dijeron: «Concedenos **sentarnos uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, cuando estés en tu gloria**» (Marcos 10, 35-37) [En el relato de Mateo es la madre de ambos quien lo pide por ellos (cf. Mateo 20, 20 ss.)].

Recordamos, como de memoria, el diálogo también de Jesús y Tomás apóstol en el contexto de la Última Cena, vale la pena volver a leerlo y meditarlo:

*“Jesús dijo (...) «No se inquieten. Crean en Dios y crean también en mí. En la Casa de mi Padre hay muchas habitaciones; si no fuera así, se lo habría dicho a ustedes. Yo voy a prepararles un lugar. Y cuando haya ido y les haya preparado un lugar, volveré otra vez para llevarlos conmigo, a fin de que donde yo esté, estén también ustedes. Ya conocen el camino del lugar adonde voy».*

*Tomás le dijo: «Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo vamos a conocer el camino?». Jesús le respondió: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»” (Juan 14, 1-6).*

En el mismo Evangelio de Juan, el comienzo del seguimiento de Jesús sigue a una pregunta que Él mismo hace “¿**Qué** quieren?” o “¿**Qué** buscan?”. Los discípulos del Bautista que siguieron a Jesús respondieron desde esa misma perspectiva: “«Rabbi –que traducido significa Maestro–, ¿dónde vives?» Él les dijo «Vengan y lo verán». Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día” (cf. Juan 1, 38-40).

También nosotros buscamos respuestas a los interrogantes más profundos del corazón. Esas preguntas esconden un deseo, un fin. Pero siendo nosotros “personas” (alguien) poco a poco, a través de cuestiones y cuestionamientos, propias del seguimiento quedamos como insatisfechos con los “qué”, los “dónde”, “cuándo”, etc.

La respuesta de Jesús vuelve a revelarnos que siempre en Él se manifiesta un “**Yo soy**” ¡un Alguien que el corazón humano busca definitivamente!

Afuera del sepulcro vacío, el mismo Jesús Buen Pastor resucitado descubre a María Magdalena el secreto más profundo de su propia búsqueda hasta entonces infecunda.

*«(Ella) vio a Jesús, que estaba allí, pero no lo reconoció. Jesús le preguntó: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”. Ella, pensando que era el cuidador de la huerta, le respondió: “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo”. Jesús le dijo: “¡María!”. Ella lo reconoció y le dijo en hebreo: “¡Raboní!”, es decir “¡Maestro!”» (Juan 20, 14-16).*

Aquí se cumple lo que Jesús mismo anunciaba en su discurso del Buen Pastor: «Las ovejas escuchan su voz. El pastor de las ovejas llama a cada una por su nombre y las hace salir... va delante de ellas y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz (...). Nunca seguirán a un

*extraño, sino que huirán de él, porque no conocen su voz» (...). Yo soy el buen Pastor: conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen a mí» (Juan 10, 3-5. 14).*

María buscaba un “cadáver” y sus lágrimas y tristeza no le permitían reconocer al Viviente, que estaba a su lado (como tampoco lo reconocieron los discípulos de Emaús).

Esos caminos, métodos, mediaciones, grupos y determinadas “espiritualidades” pueden encerrarnos en hemofilia espiritual, ideologías que en la descripción cerrada de “algo” no permiten ver al “Alguien” que buscamos con todas las fuerzas, el espíritu, el alma, el corazón. ¿No es este también el camino de Pablo de Tarso? Su encuentro con el Resucitado lo ha llevado a exclamar «*Para mí la vida es Cristo*» (Filipenses 1, 21); «*Ya no vivo, sino que Cristo quien vive en mí*» (Gálatas 2, 20); «*Por la gracia de Dios soy lo que soy*» (1ª Corintios 15, 10).

### **La realidad es superior a la idea**

El Papa Francisco, en la *Evangelii gaudium* escribe: “*Existe también una tensión bipolar entre la idea y la realidad. La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre las dos se debe instaurar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad. Es peligroso vivir en el reino de la sola palabra, de la imagen, del sofisma. (...) La realidad es superior a la idea.* Esto supone evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría” (n. 231).

### **La crisis del creyente** **«Si no veo... no lo creeré»** Juan 20, 25

En el Domingo II de Pascua, Domingo de la Misericordia, se proclama cada año el pasaje de Juan 20, 19 – 29 ¡tan bello y preñado de esperanza para aquellos que creemos sin ver!

La comunidad cristiana vive gracias al testimonio de quienes nos han comunicado la fe en el Resucitado. Creemos por el testimonio de algunos de los suyos –elegidos de antemano- que nos dicen «**¡Hemos visto al Señor!**». ¡Nadie ha visto a Jesús “resucitar” o “resucitando”! ¡Creemos en base a las palabras de aquellos que dijeron haberlo visto resucitado!

El pasaje citado acota «*Tomás, uno de los Doce, de sobrenombre el Mellizo, no estaba con ellos cuando llegó Jesús*» (Juan 20, 24).

La respuesta, bien conocida, expresa una fórmula que siempre sintetizamos en “ver para creer”, “si no veo no creo”, etc. Tomás añade a esa “distancia lógica” algo más concreto relacionado con la pasión y muerte del Señor: poner el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado.

Sabemos que en aquellos tiempos los brazos y brazadas, los pies y los pasos, la palma y los dedos de las manos solían usarse como “unidades de medida”.

La palabra “medir”, “tomar medidas” también tiene alcances enormes: a nivel de las artes hablamos de medidas y proporciones; también en lo político en sus diversas expresiones: judicial (una sentencia); legislativo (una norma, una ley); ejecutivo (las políticas que se concretizan, justamente, en medidas de gobierno a diversos niveles: sanitario, educativo, laboral, económicas, etc.). Se mide la intención del voto (antes, durante y después de un acto electoral) y la economía en todas sus expresiones; las estadísticas miden, ponderan, sopesan tendencias, opiniones, etc. ¡Hasta medimos el amor según las pruebas, reciprocidad, ida y vuelta, que se nos ofrecen!

El signo “iconográfico” de Santo Tomás Apóstol es la “escuadra” (instrumento de medida). Así lo acreditan diversas esculturas o pinturas que retratan a este santo.

Si hablamos de “medir”, no es lo mismo “poner medidas” que “sacar medidas”. Si decimos que “Dios mide todo lo creado” y al mismo tiempo que “el ser humano mide todo lo creado” no entramos en un contradictorio, sino más bien en un contraste, contrapunto... que implica distinciones lógicas, reales. Son realidades complementarias y expresan un diálogo también.

Dios ha medido lo creado, le ha puesto una medida, un límite preciso. Propongo dos textos para comprenderlo:

[Isaías 40, 10-14]

*Ya llega el Señor con poder y su brazo le asegura el dominio:*

*el premio de su victoria lo acompaña y su recompensa lo precede.*

*Como un pastor, él apacienta su rebaño, lo reúne con su brazo; lleva sobre su pecho a los corderos y guía con cuidado a las que han dado a luz.*

***¿Quién midió las aguas en el hueco de su mano  
y abarcó con la palma las dimensiones del cielo?***

***¿Quién hizo caber en una medida el polvo de  
la tierra o pesó en una báscula las montañas y en una balanza la colinas?***

*¿Quién abarcó el espíritu del Señor y qué consejero lo instruyó?*

*¿Con quién se aconsejó para que le hiciera comprender,  
para que le enseñara el sendero del derecho,*

*para que le enseñara la ciencia y le hiciera conocer el camino de la inteligencia?*

[Job 38, 3-10]

*¡Ajústate el cinturón como un guerrero!: ¡yo te preguntaré, y tú me instruirás!*

*¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra? Indícalo, si eres capaz de entender.*

***¿Quién fijó sus medidas? ¿Lo sabes acaso? ¿Quién tendió sobre ella la cuerda para medir?***

*¿Sobre qué fueron hundidos sus pilares o quién asentó su piedra angular,  
mientras los astros de la mañana cantaban a coro y aclamaban todos los hijos de Dios?*

*¿Quién encerró con dos puertas al mar, cuando él salía a borbotones del seno materno,  
cuando le puse una nube por vestido y por pañales, densos nubarrones?*

***Yo tracé un límite alrededor de él, le puse cerrojos y puertas, y le dije: «Llegarás hasta aquí  
y no pasarás; aquí se quebrará la soberbia de tus olas».***

Dios ha creado al hombre –recuerdo la respuesta del catecismo de las “preguntas”- para conocerlo, amarlo y servirlo en esta vida y gozar de Él en la vida eterna... El conocerlo implica también contemplar la creación y así “medir” la creación (“sacar” la medida que Dios ha puesto a lo creado).

El texto que comentamos, la reacción de Tomás, fiel a su símbolo iconográfico, es pretender medir, probar, comprobar la resurrección desde el estrecho alcance de su modo de ver.

San Pablo escribe a los Efesios: “*Así podrán comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, en una palabra, ustedes podrán conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser colmados por la plenitud de Dios*” (3, 18-19).

La reacción de Tomás pone de manifiesto dos cosas: no sólo el querer “ver” para creer (querer “medir” para creer), sino también el no “creer” en el testimonio de su comunidad, de los demás apóstoles.

Tomás queda sumido en sus propios modos y medios de medición de lo que ha ocurrido y le testimonian los otros.

San Pablo VI alertaba acerca de algunas tentaciones que pueden poner una trampa, incluso disgregar la comunión fraterna. Estas tentaciones asumen diversos rostros:

El espíritu de **aislamiento**: Yo hago la mía.

El espíritu de **indiferencia**: ¿Qué me importan los demás?

El espíritu de **pura observación**: Yo me limito a ver a los demás, los observo.

El espíritu de **suficiencia**: Yo no tengo necesidad de alguno.

El Papa Francisco ha hablado incluso del “*habríaqueísmo*” (de quien, “sabelotodo”, señala siempre a los demás los errores, lo que debe corregirse, la dirección que ha de tomarse). Pienso en los héroes de bronce señalando el rumbo hacia donde se debe marchar ¡pero no son capaces de moverse un centímetro del lugar desde el cual indica su dedo!

Frente a mí una estampa que reproduce un bajorrelieve del célebre claustro románico (inferior) del Monasterio de Santo Domingo de Silos (Provincia de Burgos, España). En él aparece la figura de Cristo Resucitado de pie. El Señor levanta su brazo derecho, mostrando su costado herido. Ese brazo extendido y el cuerpo de Cristo parecen como un puente que separa: “arriba”, los Once Apóstoles -incluido San Pablo- (cada uno tiene su respectivo nombre inserido en sus aureolas); “debajo”: Tomás, aislado del resto de la comunidad, no habiendo dado crédito a lo que sus hermanos le han querido transmitir: “¡Hemos visto al Señor!”.

Volvemos a constatar cómo la búsqueda de lo que ME pasa, lo que siento, lo que creo necesitar, lo que busco (algo) impide la verdadera escucha de quien atestigua: ¡Es el Señor!

Jesús, cuando aparece nuevamente, estando Tomás, lo invita: «*Trae aquí tu dedo: aquí están mis manos. Acerca tu mano: Métela en mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe*» (Juan 20, 27).

Es especialmente bella la celebración de Vigilia Pascual. Al comienzo de la misma, quien preside “marca” el Cirio nuevo diciendo: **CRISTO AYER Y HOY. PRINCIPIO Y FIN. ALFA Y OMEGA. SUYO ES EL TIEMPO Y LA ETERNIDAD. A ÉL LA GLORIA Y EL PODER. POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS. AMÉN.**

Después de haber trazado la cruz y los demás signos, el celebrante puede incrustar en el cirio cinco granos de incienso, en forma de cruz diciendo: **POR SUS LLAGAS SANTAS Y GLORIOSAS,**



**NOS PROTEJA Y NOS CONSERVE CRISTO EL SEÑOR. AMÉN.** Son palabras que acercan la memoria vida de dos textos: Isaías 53,5 y 1ª Pedro 2, 24.

Esta es la medida del amor: el amor sin medida. Leemos en el introito a la Última Cena en el Evangelio de San Juan: “*Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, él, que había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el fin*” (13, 1).

Las medidas humanas (el dedo y la mano de Tomás) son invitadas a “tocar” la medida divina (las manos y el costado del Señor).

### **La unidad prevalece sobre el conflicto**

En su último discurso a la curia romana con ocasión de las fiestas navideñas (21.12.2020), el Papa Francisco nos ayudó a distinguir la “crisis” del “conflicto”. [Extraigo aquí textualmente parte de los nn. 5-7]

La crisis es un fenómeno que afecta a todo y a todos. Está presente en todas partes y en todos los períodos de la historia, abarca las ideologías, la política, la economía, la tecnología, la ecología, la religión. Es una etapa obligatoria en la historia personal y en la historia social. Se manifiesta como un acontecimiento extraordinario, que siempre causa una sensación de inquietud, ansiedad, desequilibrio e incertidumbre en las decisiones que se deben tomar. La crisis es esa criba que limpia el grano de trigo después de la cosecha.

Quienes no miran la crisis a la luz del Evangelio, se limitan a hacer la autopsia de un cadáver: miran la crisis, pero sin la esperanza del Evangelio, sin la luz del Evangelio. La crisis nos asusta no sólo porque nos hemos olvidado de evaluarla como nos invita el Evangelio, sino porque nos hemos olvidado de que el Evangelio es el primero que nos pone en crisis. Es el Evangelio el que nos pone en crisis. Pero si volvemos a encontrar el valor y la humildad de decir en voz alta que el tiempo de crisis es un tiempo del Espíritu, entonces, incluso ante la experiencia de la oscuridad, la debilidad, la fragilidad, las contradicciones, el desconcierto, ya no nos sentiremos agobiados, sino que mantendremos constantemente una confianza íntima de que las cosas van a cambiar, que surge exclusivamente de la experiencia de una Gracia escondida en la oscuridad. «Porque el oro se purifica con el fuego, y los que agradan a Dios, en el horno de la humillación» (Eclesiástico 2,5).

En este mismo sentido, Francisco exhorta a no confundir la crisis con el *conflicto*: son dos realidades diferentes. La crisis generalmente tiene un resultado positivo, mientras que el conflicto siempre crea un contraste, una rivalidad, un antagonismo aparentemente sin solución, entre sujetos divididos en amigos para amar y enemigos contra los que pelear, con la consiguiente victoria de una de las partes.

La lógica del conflicto siempre busca “culpables” a quienes estigmatizar y despreciar y “justos” a quienes justificar, para introducir la conciencia —muchas veces mágica— de que esta o aquella situación no nos pertenece. Esta pérdida del sentido de pertenencia común favorece el crecimiento o la afirmación de ciertas actitudes de carácter elitista y de “grupos cerrados” que promueven lógicas limitadoras y parciales, que empobrecen la universalidad de nuestra misión.

El conflicto no puede ser ignorado o disimulado. Ha de ser asumido. Pero si quedamos atrapados en él, perdemos perspectivas, los horizontes se limitan y la realidad misma queda

fragmentada. Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad (cf. *Evangelii gaudium* n. 226).

### **¡Oh feliz duda la de Tomás!**

**Jesús “arranca” del corazón del apóstol una confesión de Fe**

**«¡Señor mío y Dios mío!»**

Juan 20, 28

**El apóstol “arranca” del corazón de Jesús una Bienaventuranza a nuestra medida**

**«Ahora crees porque me has visto. ¡Felices los que creen sin haber visto!»**

Juan 20, 29

En el Pregón pascual escuchamos –en referencia al pecado de Adán-: **¡Oh feliz culpa, que nos mereció tan noble y tan grande Redentor!**

Desde que tengo memoria –la primera vez que asistí a una Vigilia pascual de niño- me sorprendieron esas dos palabras: **¡Feliz culpa!?**

Lo cierto es que esta duda de Tomás, a medida que pasa el tiempo y se experimentan las propias limitaciones, debilidades y –repito- ¡dudas!, descubrimos que el epílogo de ese camino del apóstol, sinuoso y con tantas cuestiones, provoca un breve diálogo, fruto del encuentro con el Resucitado, que nos llena realmente de Esperanza.

La “duda” ha arrancado en el corazón del testigo una confesión de Fe ¡única!, ¡sencilla!, ¡total!: Jesús es el Señor, es Dios. Incluso de un modo muy personal, propio: “mío”.

La grandeza y totalidad del amor es ciertamente mayor que las pequeñas medidas que usamos para comprobarlo. Las pruebas de amor –que “sirven” muchas veces sólo para saciar curiosidades o deshojar margaritas- empequeñecen cuando Tomás contempla las llagas del Crucificado, las mismas que, días antes, había “mirado a la distancia” (cf. Lucas 23, 49). Ahora esas heridas están frente a sus ojos, al alcance de sus manos, y lo impulsan a expresar con la Iglesia su confesión de fe.

¡En cuántos sitios tan diversos y dispersos del mundo -donde se celebra la Eucaristía- muchos creyentes repiten al unísono –en lenguas tan variadas- esas mismas palabras en el momento de la elevación del Pan de Vida eterna y el Cáliz de la eterna salvación!

Como expresa la Exhortación apostólica *Gaudete et exultate*: Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. *Mt* 5,3-12; *Lc* 6,20-23). Son como el carnet de identidad del cristiano. Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas. La palabra «feliz» o «bienaventurado», pasa a ser sinónimo de «santo», porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha (cf. nn. 63-64).

Nos cuesta realmente “medirnos” o “ser medidos” por cada una de ellas: ¿Tenemos alma de pobres, padecemos la aflicción verdadera, somos pacientes, tenemos hambre y sed de justicia, somos misericordiosos, trabajamos por la paz, somos perseguidos por practicar la justicia o insultados y calumniados en toda forma a causa del Señor?

Está en cada uno responder... Releemos ese texto y pensamos: sí, a veces, en alguna ocasión... Pero Jesús ofrece -a quienes creemos sin ver- una Felicidad / Dicha / Bienaventuranza ¡a nuestra medida! Ello nos consuela e invita a seguirlo, a caminar con Él: creemos sin ver.

### **El todo es superior a la parte.**

Leemos en la *Evangelii gaudium*: El todo es más que las partes, y también es más que la mera suma de ellas. Entonces, no hay que obsesionarse demasiado por cuestiones limitadas y particulares. Siempre hay que ampliar la mirada para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos. Pero hay que hacerlo sin evadirse, sin desarraigos. Es necesario hundir las raíces en la tierra fértil y en la historia del propio lugar, que es un don de Dios. Se trabaja en lo pequeño, en lo cercano, pero con una perspectiva más amplia. Del mismo modo, una persona que conserva su peculiaridad personal y no esconde su identidad, cuando integra cordialmente una comunidad, no se anula, sino que recibe siempre nuevos estímulos para su propio desarrollo. No es ni la esfera global que anula ni la parcialidad aislada que esteriliza.

El modelo no es la esfera donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El poliedro refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad. Aun las personas que puedan ser cuestionadas por sus errores, tienen algo que aportar que no debe perderse.

A los cristianos, este principio nos habla también de la totalidad o integridad del Evangelio que la Iglesia nos transmite y nos envía a predicar. Así brota la alegría en el Buen Pastor que encuentra la oveja perdida y la reintegra a su rebaño. El Evangelio es levadura que fermenta toda la masa y ciudad que brilla en lo alto del monte iluminando a todos los pueblos. El Evangelio tiene un criterio de totalidad que le es inherente: no termina de ser Buena Noticia hasta que no es anunciado a todos, hasta que no fecunda y sana todas las dimensiones del hombre, y hasta que no integra a todos los hombres en la mesa del Reino (cf. nn. 234 – 237).

**“Cristianos de Santo Tomás”**  
**«Serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría,**  
**y hasta los confines de la tierra»**  
(Hechos 1, 8)

El libro de los Hechos de los Apóstoles relata las siguientes palabras de Jesús antes de su ascensión: “*Recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra*”. A partir de ese texto, cada capítulo despliega la expansión de la Iglesia siguiendo ese mandato.

Volviendo a Tomás apóstol, la tradición posterior, bastante concordemente, nos habla de una predicación suya en India meridional y afirma que fundó una Iglesia en aquella zona después de haber predicado en Siria y después en Persia. Los cristianos de rito malabar, en India, se precian de haber sido evangelizados directamente por el apóstol; por ello se llaman “cristianos de Santo Tomás” y afirman que sufrió el martirio en Mailapur, cerca de Madrás, donde fue sepultado.

Si hoy somos discípulos misioneros, y se nos ha confiado también la misión de ser pastores en sentidos tan diversos y semejantes –análogos-, es porque hemos creído en el testimonio de algunos de los primeros amigos de Jesús, aquellos que fueron elegidos de antemano, y afirman haberlo visto resucitado. Ellos nos lo han dicho: «¡Hemos visto al Señor!»

San Gregorio Magno (540-604) escribió: Que ninguna adversidad pueda alejarnos del júbilo de la solemnidad interior, puesto que, cuando alguien desea de verdad ir a un lugar, las asperezas del camino, cualesquiera que sean, no pueden impedirselo. Que tampoco ninguna prosperidad, por sugestiva que sea, nos seduzca, pues no deja de ser estúpido el caminante que, ante el espectáculo de una campaña atractiva en medio de su viaje, se olvida de la meta a la que se dirigía [*Homilias sobre los evangelios (Homilía 14, 3-6: PL 76,1129-1130)*]

Dios todopoderoso y eterno, condúcenos hacia los gozos celestiales, para que tu rebaño, a pesar de su debilidad, llegue a la gloria que le alcanzó la fortaleza de Jesucristo, su Pastor. Amén.

Fraternalmente en Cristo Buen Pastor y Nuestra Madre de la Merced

*Bahía Blanca, Domingo del Buen Pastor  
25 de abril, 2021*



+   
+ Fray Carlos Alfonso Azpiroz Costa O.P.  
Arzobispo de Bahía Blanca